

LA ESPIRITUALIDAD DE LOS LAICOS

El autor de este ensayo quiere hacer constar, de antemano, su profunda veneración por todas las Ordenes y Congregaciones religiosas, por su espiritualidad propia, por los frutos de santificación que han dado en todos los tiempos, por su abnegado trabajo apostólico en favor de los laicos —en otros siglos y aun hoy—, por su eficaz servicio a la Iglesia.

Con esta afirmación, que entiende ser de justicia, el autor está seguro de que nadie interpretará mal —peyorativamente para los religiosos— sus palabras en el artículo que sigue, al referirse a hechos históricos y a realidades contemporáneas que se ha sentido en el deber de señalar.

EL pensamiento, en pequeñas dosis, estimula y empuja a la acción; a grandes, embriaga y hace que titubee-
mos; en dosis masivas, paraliza. Quien, frente a un problema, es capaz de imaginar diez soluciones diversas, probablemente quedará sumido en la duda y no se decidirá por ninguna: entre otras cosas, su inteligencia le hará ver multitud de pros y contras en cada una de ellas. La proliferación intelectual llega a ser así cáncer de la acción; y, sin la acción, la vida languidece inevitablemente. El hombre de acción es, con frecuencia, un frívolo afortunado, un instintivo, ciego a las diversas facetas de la existencia, a las infinitas relaciones entre las cosas y los hombres; un instintivo que, sin problemáticas angustiosas, se lanza con desenvoltura a recorrer los pocos senderos que consigue entrever: y se equivoca, incluso frecuentemente, porque su simplicidad no es la sencillez de la verdad, sino el fruto de su poquedad y de su impaciencia.

La vida, ciertamente, debe ser pensada; pero, sobre todo, hay que vivirla: los únicos pensamientos humanamente válidos han tenido siempre pies y manos. Es también verdad.

no obstante, que algunos hombres «cargados de experiencia» son solamente banales coleccionistas de sensaciones, que quizá acabarán algún día reventando y haciendo ver que estaban llenos, pero sólo de aire; que nada habían comprendido, que se habían limitado a rozar la superficie de las cosas. En cambio hay hombres «pensativos» que realizan, sí, poquísimos gestos a lo largo de su vida, pero con una tal carga, con tal contenido, que su realización enriquece hasta el infinito esas existencias aparentemente inertes y fuera de la espumosa corriente del mundo de los pragmatistas.

No es una casualidad que, en la vida religiosa, los «contemplativos» y los «activos» raras veces superan su antinomia, no ya porque los primeros vean en la contemplación un sustitutivo —incluso perfecto y superior— de la acción, sino porque el continuo contemplar hace nacer en muchos el disgusto y el escepticismo frente al operar humano. ¿Se trata pues de un problema de dosificación, de tal modo que se conciba la vida como una mezcla cuyos ingredientes deben mantener entre sí una proporción precisa y matemática? ¿O acaso el pensamiento, con relación a la vida, se comporta al modo de ciertas sustancias que, siendo tonificantes en dosis proporcionadas, son en cambio venenosas e incluso letales si formadas en mayor cantidad? Pensamos que esta problemática tan actual —que ha dado origen incluso a una concepción, como la de Klages, en la que el «espíritu» es considerado como contrario a la «vida» y a buena parte de los antiintelectualismos contemporáneos— no está en realidad bien planteada, porque nada hay en el hombre que se pueda separar y contraponer a otros elementos de su estructura natural. El problema es comprender y vivir la íntima unidad de la vida humana. El pensamiento «desconectado», autosuficiente, no hace más que «pensar pensamientos», y resulta así, de hecho, contrario a la vida. Por otra parte la acción embriagada de autonomía y de eficiencia se convierte poco a poco en algo alocado e inhumano.

El *primum vivere, deinde philosophari*, si se prescinde de cualquier clase de escepticismo epicúreo, tiene un fondo de verdad; incluso por lo que se refiere a la historia de las religiones, tal y como hoy nos las describe la fenomenología científica, superadas las simplificaciones del marxismo, del positivismo y del freudismo, restituyendo al fenómeno religioso su autenticidad y su originalidad. En el origen de toda

religiosidad está siempre el rito, el acto cultual por el que el hombre creyente se introduce dentro de la órbita de la acción divina: en efecto, el acto ritual no ha sido nunca, ni siquiera en las religiones más primitivas, un gesto puramente humano, sino una acción que coloca al hombre en la esfera del actuar de Dios, de la obra de Dios. A través del rito se *vive* el trato con Dios. Después vendrán las mitologías y las teologías, es decir el pensamiento sistematizador: el pensamiento que sigue a la vida.

Por eso el creyente por excelencia vive su relación con Dios con entrega personal, con un amor apasionado. Vive en la esfera del actuar divino, y su santidad —¡obra de Dios!— es la resultante de esta existencia dialogal, cuyo protagonista e interlocutor es el Dios personal. Sólo para el *santo* no tienen mucho sentido las así llamadas «vida activa» y «vida contemplativa» —menos aún el eclecticismo de lo que se ha dado en llamar «vida mixta»—; el santo ha logrado simplemente vivir la vida, ha alcanzado la unidad que elimina las parálisis y las violencias en la unión con Cristo, que es lo único que permite no separar nunca «lo que Dios ha unido»¹. Y Dios ha unido pensamiento y acción en cualquier brote de la vida humana. Por eso es, en el fondo, defectuosa y errónea nuestra fácil simplificación, que nos lleva a dividir a los hombres según especialidades en exclusiva —filósofos y hombres de acción, poetas y curanderos, teólogos y juristas—; o que nos lleva a concebir la vida como la yuxtaposición de momentos de retiro, de recogimiento o de reflexión, a largos espacios dominados por el canon « eminentemente constructivo » de la acción.

El santo es casi siempre paradójico, pero nunca dividido. Por ejemplo, entra en la ley, pero bien pronto veremos que se mueve dentro de ella como si la norma no existiese: la ha convertido en vida. Y por otra parte se podrá observar con frecuencia que el santo, no pudiendo —a causa de su auténtica vitalidad— soportar mucho tiempo el encuadramiento artificioso, la estrechez de las etiquetas, la rigidez de los códigos; se podrá observar, repito, que cambia el ropaje jurídico, filosofa alrededor de la «letra muerta» se salta sin vacilaciones la norma, en un determinado «caso límite», para refugiarse en el «santuario de la conciencia».

1. Mat. 19, 6.

Muchas veces acaba siendo perseguido por juristas que se sienten ofendidos, ya que no toleran «excepciones» ni permiten dinamismos «excesivos», a pesar de tener delante de los ojos —siempre ávidos de claridades practicables— el espectáculo cotidiano de un formalismo en el que, bajo la etiqueta más irreprochable, los «sucedáneos» se multiplican sin fin. Les sucede —en un nivel mucho más trivial— lo que a esos dictadores paternalistas a los que les preocupa, por encima de todo, el bien primario del orden público —concebido según sus particulares mentalidades de hombres «prácticos»—, y a él sacrifican la vida personal de un pueblo que, sin temblores ni espasmos, viene a encontrarse calmo y compuesto en su ataúd. Quizás le quede a ese pueblo la solución de inventar día a día el modo de mantener el «desorden de la vida» bajo la simetría del «orden de las espadas»; pero en este caso resulta difícil no caer en el espíritu de contrabandistas o en el, aún más romántico, del eterno conspirador, que conduce de nuevo —aunque entre esplendores de exaltada vitalidad— a una nueva aridez y a una nueva geometría de reacciones estereotipadas.

El santo no es nunca un «reactivo»: el santo vive en el amor, y por tanto en la acción contemplativa, o —si se prefiere— en la contemplación activa, que lo une al Cristo que rompió el antiguo quirógrafo y lo clavó en aquella Cruz en la que El mismo murió y triunfó². El santo sin embargo no se separa de su propia mentalidad, y la psicología y la fenomenología describirán rasgos que pueden aparecer como *ideologías, tendencias de grupo*, etc.; en realidad son sólo psicología y poco más: cultura, educación, raza, costumbres de la época, etc., en la que él —verdaderamente humano— no puede por menos de estar radicado. El santo, pues, *en cuanto tal*, no podrá ser encuadrado en ninguna de las «corrientes» en las que con demasiada superficialidad, se quiere dividir la familia de los católicos. El santo está unido a la persona de Cristo, que es Verdad-Camino-Vida.

La «iglesia del baluarte» y la «iglesia de la apertura», la conservación y la aventura, todas tienen raíces en el Evangelio del Señor, pero, en el mismo momento en que se contraponen, desgarran la túnica de Cristo. La generosidad, el entusiasmo, la fidelidad incorrupta del «baluarte» es algo

2. Col. 2, 14.

conmovero y verdaderamente edificante. Pero el «baluarte» es a veces obtuso y falto de piedad porque se preocupa principalmente de defender —aun a costa de la vida— una doctrina: por la idea se muere. A la «apertura» en cambio le urgen antes que nada las personas, pero corre siempre el riesgo de traicionar la Idea; y no tiene este derecho ya que la caridad no puede ser separada de la verdad³; de otro modo, el confusionismo más necio, el «*embrassons nous*» de la hemorragia emotiva vendrá a nivelarlo todo en el plano de la complicidad y de la mediocridad. Por amor al pensamiento doctrinal, los militantes del «baluarte» sofocan a menudo a los hombres, en el apasionado intento de protegerlos. La carrera hacia sanciones o censuras cada vez más severas, hacia normas cada vez más particulares, la exasperada búsqueda de una reglamentación minuciosa de cualquier posible suceso, parecen darles seguridad en sí mismos: pero tendrán hijos inhibidos, ignorantes o díscolos. La «seguridad antes que nada» es un lema antivital por excelencia.

Por amor a los hombres, los que se adhieren a la «apertura» se desnudarán de todo lo que pueda aparecer divergente, y una progresiva decadencia de los valores invadirá todos los campos de la existencia humana, preparando el camino a una anarquía insípida y formalmente «adámica». Además, la historia demuestra que apenas se alcanza la responsabilidad del poder, los «arrabiados» de antes se fortalecen en los torreones del más sólido baluarte, y así, no sin una cierta ironía, se cierra el ciclo.

El santo, aunque evite los partidismos, no es nunca un equilibrista, que, alimentado por un poco de contemplación y entregado a un poco de acción, se permite de vez en cuando un salto mortal... bajo la red tranquilizadora de la conservación. El no resuelve las antinomias entre lo Viejo y lo Nuevo con astucias diplomáticas o dialécticas, sino que —en Cristo— se coloca de hecho *por encima* del problema —o, si se quiere, *dentro* del mismo—, aunque viva día a día su paradójica dialéctica. Se nos presenta siempre como muy cercano y al mismo tiempo muy lejano, hombre entre los hombres, y en todo decididamente excesivo. El vive en el Nuevo Testamento, en la Nueva Alianza, pero no como una abolición polémica de la Antigua, sino realizando

3. Efes. 4, 15.

el cumplimiento: «*legem non veni solvere, sed adimplere*»⁴. En San Pablo encontramos por eso que la caridad —el «mandamiento nuevo»⁵— es llamada incluso «plenitud de la ley»⁶. El santo es verdaderamente hombre, pero —en Cristo— es hijo de Dios, y en la divinidad que lo colma⁷ entra por la gracia en el misterio de la unidad de lo Nuevo con lo Antiguo. Dios, en efecto, es más «antiguo» que cualquier ser creado —es eterno—, pero también es verdad que El es el más «joven», porque es Inmutable, más allá de la corruptora temporalidad y relatividad. «*Ipsi peribunt. Tu autem permanebis: et omnes ut vestimentum veterascunt et velut amictum mutabis eos et mutabuntur: Tu autem idem velut es, et anni tui non deficient*»⁸.

El santo se ríe de nuestras discusiones estrambóticas sobre conservación y progreso, porque el amor en cuya llama arde es al mismo tiempo vivificador y consumidor, es libertad y esclavitud, tendencia y posesión, espíritu que se expresa en letra, alfa y omega, principio y fin. Es Dios mismo, y Dios es amor⁹. El santo vive la filiación divina con plena actualidad, y por tanto es un «eterno niño», es seriedad absoluta y da alegría sin riberas: vive en la ley, con la mayor desenvoltura, y nunca bajo ella, como le sucede a los esclavos. «*Spirituales viri non sunt sub lege: quia per caritatem quem Spiritus infundit cordibus eorum, voluntarie id quod legis est, implent*»¹⁰. Por esta razón, sabe ser adulto en una fe que descubre la íntima realidad de la existencia —individual, colectiva, cósmica—, y conoce el empeño, el riesgo, la responsabilidad personal, el sufrimiento del mundo, y la paz basada en la consciencia de que Dios «opera incesantemente» en el tiempo¹¹. Solamente él, que está verdaderamente consagrado, es consagrador del mundo.

De aquí que «estas crisis mundiales son crisis de santos»¹², y el Fundador del Opus Dei, este pionero de la san-

4. Mat. 5, 17: «no he venido a destruir sino a completar».

5. Ioan. 23, 34.

6. Rom. 13, 10.

7. Efes. 3, 19.

8. Ps. 101, 27: «Pero éstos perecerán y tu permanecerás mientras todo envejece como un vestido. Los cambias como se cambia una veste».

9. I Ioan. 4, 8.

10. Santo Tomás, I-II, q. 93, a. 1.

11. Eccl. 9, 10.

12. Josemaría Escrivá de Balaguer, *Camino*, 301.

tividad laical, pide a sus hijos, esparcidos en los cinco continentes, nada más que esta santidad de la entrega y de la consagración del mundo. No la adhesión a una determinada táctica operativa o a una particular teoría, sino el compromiso en la búsqueda de la perfección cristiana, en y a través de la propia condición personal, familiar, social, profesional. La búsqueda de la santidad laical se cortarfa a sí misma las alas, en la medida en que se embarcase en cualquier esquematismo doctrinal o pragmático. Esa santidad puede ser verdaderamente laical, sólo si es libertad humana y al mismo tiempo ligazón a lo sobrenatural. Es activa y empeñada en el mundo, sólo en cuanto es contemplativa de Dios y de su «incesante obrar» en el mundo y en el tiempo¹³. Es autónoma en el ámbito terrestre —incluida la teología— y netamente fiel a la Esposa del Verbo que es la Iglesia. Conservación y aventura se identifican en esa santidad, y encuentran allí múltiples expresiones individuales, sin caer —si sabe conservarse siempre sobrenatural— en simplificaciones a ultranza, siempre irreales, tanto cuando se esterilizan en el pasado, como cuando se plantean en un ingenuo progresismo de raíz dieciochesca, o se lanzan como espíritus desvaídos hacia escatologismos más o menos dramáticos.

*Ubi spiritus Domini, ibi libertas*¹⁴: el santo laico no se perderá en la alquimia de un exasperado «tanto, cuanto» ignaciano, sino buscará y amará a Dios *en su sitio, en y a través de las cosas de su mundo*, a la luz de su «mirada sencilla»¹⁵, que convierte en contemplativo su trabajo más «profano». Así, por usar una gráfica expresión agustiniana, él «busca a Dios con sus manos», evitando ese miedo separatista que ya la gran Catalina de Siena combatía, principalmente con su «vida inflamada» —activísima y estática—, y con su pluma afilada, cuando por ejemplo escribía al inhibido de turno: «Tú me dices: no quisiera verme absorbido por las cosas temporales; y yo te respondo que somos nosotros los que las convertimos en temporales, porque todo procede de la bondad divina».

Esta es la *unidad de vida*, que caracteriza la espiritualidad laical, como el Opus Dei la va difundiendo entre toda

13. Ioan. 5, 17.

14. II Cor. 3, 17: «donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad».

15. Mat. 6, 12.

clase de hombres y mujeres desde 1928 hasta nuestros días, y que arrastra a su órbita —que nunca está cerrada ni puede aislarse— incluso a personas de otras religiones. Una espiritualidad tan universal que pueda gozosamente y completamente ser vivida por una empleada suiza, un mecánico romano, un negro americano profesor universitario, un minero asturiano, un agricultor australiano, un periodista francés, un teólogo alemán, no puede ser sino *primariamente laical*; por ella todos los valores humanos —que no se convierten en puros instrumentos— son conservados y reconocidos en su plena autonomía, relativa sólo si se compara con lo sobrenatural.

¿Que qué se quiere decir con la expresión *primariamente laical*? Trataremos de explicarnos.

Mucho antes que aparecieran tantos escritos como hoy podemos leer sobre la espiritualidad y sobre la llamada teología del laicado, abrían surco en los corazones de muchos las palabras de *Camino* —antes con el título de *Consideraciones espirituales*¹⁶—, no salidas de la mesa de un teólogo más o menos clarividente, sino llenas del calor de la vida vivida del Fundador del Opus Dei, «susurradas al oído»¹⁷ de aquellos que caminan por el mundo con el ansia de la santificación de la propia condición y del propio trabajo, en el mundo y por el mundo, «en la libertad de los hijos de Dios»¹⁸. *Camino* de hecho ha sido y es todavía —ha llegado a los dos millones de ejemplares, existen versiones en 18 idiomas— un *livre de pòche* de los caminantes en esta tierra, de los trabajadores de la ciudad terrestre, cualquiera que sea su función social. Y en este ser «de bolsillo» se anuncia ya su radical inadecuación al atril del monje. Lleva en su seno una clara laicidad, que explica su eficacia y su amplísima difusión.

Es cosa de todos sabida que —históricamente— el principal obstáculo en contra de la formación de una espiritua-

16. Esta edición se imprimió en Cuenca, en 1934, y se agotó rápidamente.

17. *Camino*, prólogo del Autor.

18. Rom. 8, 21.

lidad laical ha sido precisamente el hecho de que los religiosos —y, antes, los monjes— quisieron «adaptar» a los laicos su propia espiritualidad. Así nacieron —llenas de mérito y de santas intenciones— las terceras órdenes, muchas cofradías, como anteriormente habían nacido algunas órdenes militares. La Compañía de Jesús, aun con todos los servicios prestados a la Iglesia, no aportó ninguna novedad en este sentido con sus congregaciones marianas y con su tradicional dedicación a la educación de la juventud de las clases dirigentes. Todavía el mismo Belarmino, en su tratado *De laicis*, no se ocupa más que de la medieval «educación de los príncipes». Por lo demás, la espiritualidad jesuítica, con su obediencia «perinde ac cadaver», con su «no inclinarse» delante de ninguna empresa de la criatura, poco podía hacer para crear una espiritualidad genuinamente laical, ya que en vez de acuñarla en la libertad y en la responsabilidad personales, muy fácilmente desembocaba en un —comprensible— «espíritu de cuerpo», en una «instrumentalización» de los valores temporales, de manera que los laicos acababan siendo nada más que la *longa manus* mundana de la orden en cuestión.

Así, de hecho, y hasta nuestros tiempos, los que se decidían a levantarse por encima de la mediocridad de la masa, emprendían, en la mayoría de los casos, y bajo el impulso de las órdenes o congregaciones religiosas que los dirigían, una vía de *devociones* y de *obras de caridad* —sacramentos, oración, lectura espiritual, retiros, ejercicios espirituales, beneficencia— que debían ser introducidas en su ya abrumadora jornada de trabajo. La santidad llegaba a ser demasiado a menudo para el laico nada más que un angustioso problema de tiempo: de tiempo que había que arrancar a la profesión, a la familia. Es decir, la santidad se identificaba con una especie de afán por crearse unos momentos de recogimiento al margen de su propio quehacer mundano, y estos momentos llegaban a ser muy fácilmente unos momentos de evasión, o al menos de ruptura, con su mundo.

En otras palabras, estos laicos procuraban conseguir «dentro de sus limitadas posibilidades» lo que el religioso hacía en su «vida de perfección evangélica». Esta espiritualidad religiosa «trasladada» o «adaptada», suponía un concepto de la santidad laical como algo radicalmente *menor* respecto a la *mayor*, la de los religiosos. Y, como ha sido

observado (Balducci) esa santidad suponía el desarrollo de una virtud —la de la religión— que, como decía Santo Tomás, es sólo una virtud *natural*. Es decir, una espiritualidad de ese tipo no injertaba al laico como tal en la vida sobrenatural, y se quedaba como una especie de «vida de perfección *ad usum delphini*». Esa mentalidad, además, deslizaba espontáneamente hacia una especie de afán coleccionador —no exento de materialismo— de actos religiosos, virtuosos y caritativos que fácilmente postraban y obsesionaban, manteniendo la idea de que la unión con Dios había de hacerse dando la espalda a las tareas cotidianas, o sea dejando de ser espiritualidad y mentalidad laicales. Así esas tareas mundanas —profesión, familia, sociedad, cultura— eran abandonadas, por lo que tenían de mundanas, a la más desoladora profanidad. El seglar «devoto» veía así frecuentemente su trabajo como un engorro para su santificación, su deber de estado como una cruz, si no incluso como un obstáculo para su unión con Dios y para su servicio al prójimo (a menudo sólo dominicales), y criaba hacia ellos una especie de resentimiento, en la añoranza de condiciones óptimas lejanas siempre: las de los religiosos. En el angelismo cuasi-maniqueo al que iba deslizándose esa mentalidad, los laicos pensaban más o menos conscientemente: «Nosotros, pobres laicos, podemos ofrecer a Dios tan sólo los rarísimos claros de la enmarañada selva de nuestro estar en el mundo».

Otros, influenciados también por la espiritualidad de algunas órdenes o congregaciones religiosas, pensaron que, ya que una vida de piedad con dedicación total les resultaba imposible, la perfección del seglar tenía un carácter fundamentalmente moral: ser buenos padres de familia, cumplir bien los deberes conyugales, ser honrados en la profesión, ser moralmente intachables en las costumbres y en la vida de relación. Pero la moral tampoco supone una elevación *sobrenatural* de la condición laical, ni la injerta en la historia de la salvación, ni en la «vida escondida con Cristo en Dios»¹⁹, ni en el misterio de la Iglesia. Las «personas intachables» no sólo minimizan con frecuencia la vocación a la santidad —«¡sed perfectos como vuestro Padre de los cielos es perfecto!»²⁰—, sino que además engendran sin querer su

19. Col. 3, 3.

20. Mat. 5, 48.

degeneración naturalista: el santón ateo, de que tanto sufre aún nuestro tiempo.

Y así entre «devotos» y «moralistas», nuestra sociedad, nuestra civilización quedaban al margen del reino de Dios, quedaban paganas y materialistas, y en ellas el cristiano se movía frecuentemente con dificultad, como quejándose. A lo más que se llegaba era a hacer que algunos intentaran adueñarse de sus *instrumentos*, de llegar a la cima de las construcciones de este mundo para hacer de ellas púlpito para la propaganda de otro mundo, pero siendo incapaces de asimilarlas y redimir las, de plantar en su propio *humus* la cruz de Cristo, que vino a salvar todas las cosas. No raramente estas personas —«instrumentalistas integrales»— corrían el riesgo de hacer uso de una extraña moral que justifica cualquier medio en vistas del «elevado fin» que se persigue, de vivir en el mundo pero sin fe en sus valores —lo cual llevaba a que tantos cristianos, por lo demás buenosísimos, fuesen profesionalmente incompetentes—, de servir de las estructuras terrenas de una manera desaprensiva, si no incluso ilícita, sintiéndose en todas partes con especiales derechos a mangonear *propter regnum coelorum*...

Además, estas espiritualidades, sacadas en su origen de escuelas teológicas, orientaciones ascéticas y planteamientos apostólicos frecuentemente muy diversos y no raramente muy cerrados, han creado profundas divisiones entre los laicos, y han hecho que en cada uno de los grupos que se han formado naciera una cierta tendencia al mesianismo y a la «mentalidad pseudo-espiritual de partido único», como la llama Mons. Escrivá de Balaguer. De ahí que cada uno piense que sus principios, sus actividades, sus posturas sean los únicos válidos y eficaces, más aún, que a ellos habría que reducir todos los demás, y que todos los demás deben ser juzgados a través de ellos. Frecuentemente, para lograr una más clara configuración, se exagera la propia posición y se llega a considerar pernicioso, si no «herético», la de los demás.

La necesaria exaltación de la pobreza ha llevado a algunos a un «miserismo» que fácilmente es retórico y maniático; el resurgir de los católicos en el ámbito político y social ha provocado «integrismos» y «progresismos», enfrentados en partidos irreconciliables entre sí; el benemérito movimiento litúrgico se estanca en muchos casos en formalismos estetizantes que ignoran el diálogo entre el Maestro

interior y el alma del individuo, etc., etc. En el fondo de todo eso está una falta de mentalidad laical, que permite —dentro de la dedicación a un ideal— la más abierta comprensión de la libertad ajena y de la infinitud de facetas que ofrece la verdadera vida. Muchas veces —y es una paradoja— estos laicos de «partido único» huelen todavía a un trasnochado temporalismo clerical que no ha sabido «adaptarse» a la condición laical.

Hay otros que buscan la peculiaridad laical en unas posturas casi masoquistas, hasta el punto de que ponen en tela de juicio cualquier valor y cualquier costumbre que no haya sido declarado dogma de fe, o también se complacen morbosamente en ostentar impudicamente las llagas, las culpas, las debilidades de la Santa Madre Iglesia, este campo en el que el trigo y la cizaña crecerán siempre juntos²¹. *Enfants terribles* con un fin «bueno», no se cansan de exaltar las «paradojas del cristianismo», los «necesarios escándalos» y «las meretrices que nos precederán en el Reino», en una especie de lírica decadente muy difundida entre los llamados «artistas católicos *engagés*».

Para terminar, habría que decir alguna cosa también de los más *adolescentes* entre los laicos que intentan crearse una espiritualidad propia; nos referimos a los que, dominados por un «celo democrático», se atormentan acerca de la problemática de la libertad dentro de la Iglesia, entendiéndola justamente como la entienden los adolescentes, es decir, oponiéndola a la ley y a la obediencia. Tienen aires —¡inmaduros!— de «hombres superiores», que ya pueden y deben sustraerse a toda autoridad. El «paternalismo» es su enemigo, y lo descubren por todas partes, como si ellos hubiesen «superado», o «integrado» la ley y la obediencia en los planos superiores de su personalidad.

No se piense que todas estas tentativas hayan tenido sólo un sentido negativo. Todo lo contrario. Aparte la gran generosidad derrochada por todos lados, se han ofrecido muchos sacrificios de carácter heroico, mucha oración se ha levantado hacia el cielo desde los lugares hasta entonces más inesperados, y seguramente no pocas santidades personales han florecido y madurado. La urgencia de la creación de una espiritualidad laical no podía evitar incertezas y pasos

21. Mat. 13, 36-43.

falsos; pero quien la ha advertido como uno de los «signos de los tiempos» en que vivimos, y ha intentado realizarla, éste ha sido en todo caso un constructor en la Iglesia de Jesucristo. Aquí sólo queríamos analizar hasta qué punto se había alcanzado la genuinidad de esa espiritualidad laical, a la que estaban dirigidas estas tentativas.

Y esa espiritualidad, no teorizada en *teologúmena* más o menos brillantes, sino antes que nada vivida, la ha difundido el Opus Dei entre todos los habitantes de esta tierra seriamente dedicados a los problemas temporales, evitando «devocionalismos» y «moralismos» simplistas —poco sobrenaturales y poco laicales— así como la simple explotación instrumental de los valores humanos, el espíritu de cuerpo de los seguidores despersonalizados del dividido ejército de las ideas, y haciéndose sembradores de unidad, de respeto por la libertad de todos.

La auténtica espiritualidad laical ata la persona a Dios, no a través del desapego o del desinterés hacia las cosas del mundo, sino precisamente a través de estas cosas: de ese trabajo profesional, de ese cauce temporal, de esos dolores, de esos hijos, de esos afanes sociales y políticos —asumidos con plena libertad y responsabilidad personales, digámoslo una vez más—; a través de todo eso el laico busca adherirse al santo querer de Dios y a su plan de Redención. El dice su *fiat* cuando «no cabe el corazón en el planeta, y tiene que amoldarse... a una labor oficial minúscula»²², y subiendo los «escalones» de la identificación con la voluntad de Dios— «Resignarse con la Voluntad de Dios: Conformarse con la Voluntad de Dios: Querer la Voluntad de Dios: Amar la Voluntad de Dios»²³— comprobará que es «más misionero obedeciendo» en aquel trabajo profesional suyo, que yendo a tierras lejanas de paganos, y llegará incluso a «sentir el brazo cansado después de administrar a tantos el bautismo»²⁴. Es ésta la consecuencia de su pertenencia a una «estirpe sacerdotal»²⁵ precisamente en su pleno enraizarse en la condición laical. Y así le es propio no sólo el ser contemplativo en la acción —una Marta con el espíritu de María—, sino que su acción se le convierte en ora-

22. *Camino*, 912.

23. *Ibidem*, 774.

24. *Ibidem*, 315.

25. I Petr. 2, 9.

ción: «Sigue en el cumplimiento exacto de las obligaciones de ahora. Ese trabajo —humilde, monótono, pequeño— es oración cuajada en obras...»²⁶. La filiación divina vivida en toda circunstancia le hace adquirir un modo de ser-en-el-mundo esencialmente amoroso: *él ama al mundo* y eso es en él tan esencial como pueda serlo *su propio mundo*, que es inseparable de él mismo. Y así no solo evitará la antigua *ataraxia* y la moderna «santa indiferencia», sino que más bien se ejercitará en el compromiso arriesgado de la aventura terrenal con toda su inteligencia y todo su corazón. El, por fin, «da gracias por todo, porque todo es bueno»²⁷.

En unión con Aquel que es «*Perfectus Homo*»²⁸, el laico quiere vivir antes que nada los valores naturales, las virtudes naturales²⁹ —cuidar sólo las sobrenaturales sería para él «adornarse con espléndidas joyas sobre los paños menores»³⁰—, las pequeñas cosas de cada día que merecen toda su atención, toda la delicadeza y la entrega manifestada en un amor por las «últimas piedras»³¹, que, más que huir de inauguraciones solemnes y entusiasmos iniciales, quiere significar un inmenso aprecio por el valor de las realizaciones humanas. El no hace que la caridad *desborde* en obras de beneficencia, sino que participa con el corazón en las vicisitudes llenas de sufrimiento de la humanidad en camino, «llora con quien llora, ríe con quien ríe»³², y se hace «todo para todos», «para salvar a todos»³³. Por eso no conocerá la «evangelización desde arriba», y en cambio, huyendo de las «obras de caridad» puramente exteriores, que no son la caridad³⁴, él quemará «como una antorcha, escondido, pe-

26. *Camino*, 825.

27. *Ibidem*, 268.

28. Símbolo atanasiano.

29. *Camino*, ver todo el capítulo I y *passim*.

30. *Ibidem*, 409.

31. *Ibidem*, 42, 813-830.

32. Rom. 12, 15.

33. I Cor. 9, 22.

34. I Cor. 13, 3.

gando tu fuego a todo lo que toques»³⁵, atado indisolublemente al amigo que está a su lado en el camino de una amistad humana que, si la vive un hijo de Dios, es la misma caridad de Cristo. Su apostolado es el de la «amistad y de la confianza», nunca una actividad supererogatoria, esporádica, o, por el contrario, «oficial».

Se sabe otro Cristo, *ipse Christus*³⁶, redentor del mundo tanto en el taller de Nazareth como en el Cenáculo al instituir la Eucaristía o en el Gólgota al morir; y por tanto cualquier suerte le resultará aceptable, cualquier trabajo será para él ocasión y medio para su unión con Dios y para su servicio al prójimo, reconduciéndolo todo, desde el principio hasta el final, en la anhelada «recapitulación en Cristo Jesús»³⁷. Su fatiga ante el microscopio se convierte en cruz redentora³⁸, y «una hora de estudio... es una hora de oración»³⁹. No se le piden actuaciones de aspecto sobrenatural —«No necesito milagros: me sobran con los que hay en la Escritura. En cambio, me hace falta tu cumplimiento del deber, tu correspondencia a la gracia»⁴⁰—, porque «la santidad *grande* está en cumplir los *deberes pequeños* de cada instante»⁴¹.

Sólo quien adopta esta actitud «incendiará todos los caminos de la tierra»⁴², vivirá en una realidad en la que nada será ya radicalmente profano, respetará a todo y a todos, y se resolverá como de rechazo la necesidad de conseguir esos momentos de retiro absolutamente necesarios para nutrirse de la vida divina —oración, sacramentos— y de edificar un comportamiento moral ejemplar y atractivo. Porque —y esto está dicho con todos los tonos y con todos los recursos estilísticos del magnífico lenguaje de *Camino*— los *medios apostólicos* son esquisitamente sobrenaturales: «Primero, oración; después, expiación; en tercer lugar, muy en tercer lugar, acción»⁴³.

Ciertamente, entre laicos, cada uno debe hacer rendir

35. *Camino*, 835, 837.

36. *Ibidem*. 967.

37. Efes. 1, 10.

38. *Camino*, 277.

39. *Ibidem*, 335.

40. *Ibidem*, 362.

41. *Ibidem*, 817.

42. *Ibidem*, 1.

43. *Ibidem*, 82.

al máximo los talentos recibidos, y por tanto «al que pueda ser sabio no le perdonamos que no lo sea»⁴⁴, y «el estudio, la formación profesional que sea, es obligación grave entre nosotros»⁴⁵; ya que, además, el «prestigio profesional» (no el trabajo en sí, sino la aureola que le sigue) es en este mundo un poderoso «anzuelo de pescador de hombres»⁴⁶. Por este motivo, en una real unidad de vida, el impulso para llegar a ser jefe, guía, caudillo, es no sólo compatible sino que se confunde con la humildad personal y colectiva de quienes «reconocen humildemente su flaqueza para poder decir con el Apóstol: *cum enim infirmior, tunc potens sum*»⁴⁷, y abrazan con simplicidad, y sin ninguna tentación de «napoleonismo», esa llamada típicamente cristiana: «¿Adocenarte? ¿Tú... del montón!? ¡Si has nacido para caudillo! Entre nosotros no caben los tibios. *Humíllate* y Cristo te volverá a encender con fuegos de Amor»⁴⁸; porque aprenderán que «Tú, sabio, renombrado elocuente, poderoso: si no eres humilde, nada vales. Corta, arranca ese «yo», que tienes en grado superlativo —Dios te ayudará—, y entonces podrás comenzar a trabajar por Cristo, en el último lugar de su ejército de apóstoles»⁴⁹. El apóstol laico, por eso mismo, no gusta de ser llamado apóstol, misionero, etc., si bien esté plenamente entregado a una misión innegable⁵⁰; ni tampoco le agrada la propaganda: «fotografías, gráficos, estadísticas»... «¡Siempre el espectáculo!»: quiere ser al mismo tiempo absolutamente «normal», amigo de sus amigos, y absolutamente sobrenatural, trabajar sólo para Dios, pasar inadvertido⁵¹.

Como hijo de Dios, como niño —¡qué magníficas páginas esos dos densos capítulos de *Camino* sobre la «Infancia espiritual»!—, vivirá, pues la humildad y la propia estima, «la astucia de la serpiente y la sencillez de la paloma»⁵²; convencido de que la dedicación plena es «camino de mu-

-
44. Ibidem, 332.
 45. Ibidem, 334.
 46. Ibidem, 372.
 47. Ibidem, 604.
 48. Ibidem, 16.
 49. Ibidem, 602.
 50. Ibidem, 848.
 51. Ibidem, 649, 959.
 52. Mat. 10, 16.

chos»⁵³, sentirá el deseo de hacer a todos partícipes de la propia felicidad; a la manera paulina —«ad utilitatem vestram dico, non ut laqueum iniciam!»⁵⁴— vivirá la audacia y el optimismo apostólicos, sin caer jamás en alardes de triunfalismo: «No hagas mucho caso de lo que el mundo llama victorias o derrotas. ¡Sale tantas veces derrotado el vencedor!»⁵⁵.

La universalidad caracteriza su afán⁵⁶, y no se dejará jamás encadenar por el espíritu de «capillita»⁵⁷. Será este espíritu universal el que hará que el laico, afincado en el amor apasionado a la verdad que debe caracterizarlo⁵⁸, no ceda jamás a mesianismos fanáticos de ningún tipo⁵⁹, no se deje llevar por críticas negativas⁶⁰, y viva comunitariamente el apostolado de Cristo, es decir en hermandad con los otros apóstoles, que siguen otros caminos, otros principios, otras metodologías⁶⁰, aunque ninguno más que él esté expuesto a las incomprendiones y quizás también a las persecuciones de «los buenos» que «llenan de obstáculos el camino»⁶¹, lo que constituirá su purificación más dolorosa y más eficaz. Su amor debe ser «sin medida», aun en su petición al Señor de tener en todo «peso y medida»⁶².

Esta espiritualidad primordialmente laical lo mantendrá siempre en su sitio⁶³, donde Dios lo ha buscado⁶⁴, y, finalmente, lo conducirá a morir «en una buena cama, como un burgués... pero de mal de Amor»⁶⁵.

53. *Camino*, 323.

54. I Cor. 7, 35: «Digo esto para provecho vuestro, no para echaros un lazo».

55. *Camino*, 415, 404, 416.

56. *Ibidem*, 7, 525.

57. *Ibidem*, 963.

58. *Ibidem*, 33, 35.

59. *Ibidem*, 369, 463, 958.

60. *Ibidem*, 443 y siguientes, 873, 915.

61. *Ibidem*, 695.

62. *Ibidem*, 427.

63. *Ibidem*, 926.

64. *Ibidem*, 799.

65. *Ibidem*, 743.